

JOSEPH ROTH

LA LEYENDA DEL SANTO BEBEDOR

POSTFACIO DE
BERTA ARES YÁÑEZ

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
DE ROBERTO BRAVO DE LA VARGA

BARCELONA 2024



ACANTILADO

TÍTULO ORIGINAL *Die Legende vom heiligen Trinker*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© de la traducción, 2024 by Roberto Bravo de la Varga
© del postfacio, 2024 by Berta Ares Yáñez
© de esta edición, 2024 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de esta traducción:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, iglesia de Sainte-Marie des Batignolles

ISBN: 978-84-19958-22-8
DEPÓSITO LEGAL: B. 15 266-2024

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2024*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

LA LEYENDA DEL SANTO BEBEDOR

7

*Postfacio. La imaginación educada de un
cosmopolita errante,* por BERTA ARES YÁÑEZ

71

Fue en la primavera del año 1934, caía la tarde, un señor de cierta edad descendía por los escalones de piedra de uno de los puentes del Sena hasta la orilla del río. Como casi todo el mundo sabe, aunque tampoco viene mal que aprovechemos la ocasión para recordarlo, es allí donde suelen dormir o, mejor dicho, acampar las personas sin hogar de París.

Una de estas personas acertó a cruzarse con aquel señor, que, por lo demás, vestía bien y daba la impresión de ser un viajero sin otro propósito que descubrir los lugares de interés de las ciudades que visitaba. El hombre sin hogar ofrecía un aspecto tan desastrado y lastimoso como el de cualquiera que, como él, viva en la calle; sin embargo, al señor bien vestido y entrado en años le llamó particularmente la atención; por qué, no lo sabemos.

Como hemos dicho, caía la tarde y la oscuridad se extendía por las orillas del río antes que por los muelles y los puentes de la parte de arriba. El hombre sin hogar, visiblemente desaliñado,

avanzaba a trompicones, tambaleándose. No pareció advertir al señor mayor, bien vestido. Éste, en cambio, se encaminó con paso firme y decidido hacia él, a quien sin duda alguna había visto venir a lo lejos con su andar renqueante. El señor de cierta edad se plantó delante del hombre desaliñado cerrándole el paso. Ambos se quedaron parados uno frente a otro.

—¿Adónde se dirige, hermano?—preguntó el hombre mayor, bien vestido.

El otro lo miró un instante, luego dijo:

—No sabía que tuviera un hermano ni sé adónde me conduce el camino.

—Yo trataré de mostrarle el camino—dijo el señor—, pero no se enfade conmigo si le pido que me haga un favor poco usual.

—Estoy a su completa disposición—respondió el hombre desaliñado.

—Está claro que ha cometido errores, no me voy a engañar, pero también creo que Dios le ha puesto en mi camino. Seguro que le hace falta dinero, ¡no se tome a mal lo que le digo! A mí me sobra. ¿Quiere decirme con absoluta franqueza cuánto necesitaría? Por lo menos, para salir del paso.

El otro se quedó unos segundos pensando, luego dijo:

—Veinte francos.

—Me parece demasiado poco—replicó el señor—. ¿De verdad que no necesita doscientos?

El hombre desaliñado dio un paso atrás, se tambaleó y pareció que estaba a punto de caer al suelo, pero se mantuvo en pie. Luego dijo:

—Está claro que doscientos francos me vendrían mejor que veinte, pero soy un hombre de honor. Parece que me está juzgando usted mal. No puedo aceptar el dinero que me ofrece por varios motivos: primero, porque no tengo el gusto de conocerlo; segundo, porque no sé cómo ni cuándo podría devolvérselo; tercero, porque usted tampoco tendría la posibilidad de reclamármelo, piense que carezco de domicilio fijo. Cada noche vengo a la orilla del río y busco abrigo bajo un puente distinto. Ahora bien, como le he dicho, una cosa es que no pueda facilitarle una dirección y otra que no sea un hombre de honor.

—Tampoco yo tengo domicilio fijo—respondió el señor de cierta edad—y cada noche busco abrigo bajo un puente distinto, exactamente igual que usted, pero le ruego que tenga la amabilidad de aceptar los doscientos francos... una suma ridícula, por supuesto, para un hombre como usted. Por lo que respecta a la devo-

lución, me llevaría mucho tiempo explicarle por qué no puedo, por ejemplo, indicarle un banco donde ingresar el dinero. Sólo le diré que me he convertido al cristianismo después de leer la vida de santa Teresita de Lisieux. Le tengo una especial devoción a la imagen de la santa que se encuentra en la capilla de Sainte-Marie des Batignolles; no le resultará difícil dar con ella. De modo que, cuando haya reunido los dichosos doscientos francos, si su conciencia le obliga a saldar una deuda tan ridícula, diríjase, por favor, a Sainte-Marie des Batignolles y deposite el dinero en manos del sacerdote cuando éste termine de celebrar la misa. Si a alguien le debe ese dinero es a santa Teresita. Pero, cuidado, no lo olvide: tiene que devolvérselo a la de Sainte-Marie des Batignolles.

—Veo que ha comprendido que soy una persona honorable—dijo el hombre desaliñado—. Le prometo que cumpliré mi palabra, pero sólo puedo ir a misa el domingo.

—Como usted prefiera, un domingo, entonces—replicó el señor mayor, mientras sacaba doscientos francos de la cartera y se los entregaba al hombre, que en ningún momento había dejado de tambalearse—. Se lo agradezco.

—Ha sido un placer—respondió éste antes de desaparecer en la lóbrega oscuridad.

Para entonces, las tinieblas cubrían las orillas del Sena, mientras que arriba, en los puentes y en los muelles, se estaban encendiendo las farolas cuya luz plateada anunciaba la alegre noche de París.

El señor bien vestido también desapareció en las tinieblas. Un milagro le había llevado a convertirse y había decidido compartir el destino de los más pobres, por eso vivía debajo de aquel puente.

El otro, en cambio, era un bebedor, un borracho. Se llamaba Andreas y, como tantos bebedores, vivía al día. Hacía tiempo que no se encontraba con doscientos francos en el bolsillo y, tal vez por eso, por el tiempo que había pasado, buscó la pálida luz de una de las escasas farolas que brillaban bajo los puentes, sacó un pedacito de papel y un trozo de lápiz, y se anotó la dirección de santa Teresita y la suma de doscientos francos, que desde entonces le adeudaba. Luego subió por una de las escaleras que conducen desde la orilla del Sena a los muelles. Allí conocía un restaurante. Entró, pidió comida y bebida en abundancia, se gastó un montón de dinero y se procuró además una botella entera para esa noche, que, como de costumbre, pensaba pasar bajo el puente. De hecho, recogió un periódico

de una papelera, pero no para leerlo, sino para cubrirse con él. Los periódicos ayudan a mantener el calor, eso lo saben bien las personas que viven en la calle.

III

A la mañana siguiente, Andreas se levantó antes de lo habitual, porque había dormido excepcionalmente bien. Pasó un buen rato pensando, se acordó de lo que le había ocurrido el día anterior y tuvo que admitir que era un milagro, un verdadero milagro. Como había pasado la noche caliente, cubierto con el periódico, y había dormido tan bien, mejor que en mucho tiempo, decidió lavarse, algo que no había hecho desde hacía meses, desde que había llegado la temporada de frío. No obstante, antes de desvestirse, volvió a meter la mano en el bolsillo interior izquierdo de la chaqueta, donde, según recordaba, debía de encontrarse la prueba palpable del milagro o lo que quedaba de ella. Luego se acercó a la orilla del Sena y buscó un lugar apartado para lavarse, por lo menos, la cara y el cuello. Sin embargo, se le ocurrió pensar que debía de haber muchas personas, tan míseras como él (gente venida a menos, como no dudaba en calificarse ahora a sí mismo, aunque no se atreviera a reconocerlo en voz alta), que podían observarle mientras

se aseaba, y terminó renunciando a su propósito, contentándose con sumergir las manos en el agua. A continuación, se puso de nuevo la chaqueta, rebuscó una vez más en el bolsillo interior izquierdo para comprobar que el billete seguía allí y se sintió enteramente limpio, se diría que transformado.

Se puso en marcha para ver qué le deparaba el día, uno más de los que se había acostumbrado a desperdiciar desde hacía tanto tiempo que ya ni siquiera se acordaba, y pensó en dirigirse, como en otras ocasiones, a la Rue des Quatre Vents, donde se encontraba el Tari-Bari, un restaurante ruso-armenio, donde solía gastarse en alcohol barato el poco dinero que casualmente conseguía.

No obstante, se detuvo en el primer quiosco de prensa por el que pasó, atraído por las imágenes de los semanarios, pero movido además por la repentina curiosidad de saber la fecha en la que estaban y qué día de la semana era. Así que compró un periódico, vio que era jueves, recordó que él había nacido un jueves y, sin mirar la fecha, decidió que *ese* día en concreto sería el de su cumpleaños. Enseguida se apoderó de él esa ilusión infantil que siente uno de niño los días

de fiesta y, sin vacilar un solo instante, resolvió poner en práctica sus buenos propósitos, que podríamos calificar incluso de nobles, y, en lugar de entrar en el Tari-Bari, con el periódico aún en la mano, buscó un local más decente para tomarse un café, con un chorrito de ron, eso sí, y comer un bocadillo.

Orgullosa de sí misma, por más que vistiera harapos, entró en un *bistrot* de estilo burgués y se sentó a una mesa, aunque hacía mucho que lo suyo era estar de pie en la barra de una taberna o, más bien, apoyado en ella. En este caso tomó asiento y, como justo enfrente de él había un espejo, tuvo que enfrentarse a su propio rostro. Fue como si en ese instante volviera a conocerse a sí misma. Y se asustó. Comprendió entonces por qué les tenía tanto miedo a los espejos en los últimos años. A nadie le gusta contemplar su decadencia. Mientras uno no lo tiene delante de los ojos, es poco más o menos como si careciera de rostro o siguiera conservando el antiguo, el de la época anterior al declive.

Esa mañana, como hemos dicho, se llevó un susto. Sobre todo cuando comparó su fisonomía con la de los hombres, prósperos y respetables, que se sentaban en las mesas vecinas. Hacía una

semana que se había hecho afeitarse, mal que bien, como se pudiera, por uno de sus compañeros de fatigas. Siempre había alguien que ofrecía a sus hermanos este tipo de servicios a cambio de una modesta compensación. Sin embargo, ahora que había decidido comenzar una nueva vida, tenía que afeitarse en condiciones, como es debido. Así que se le ocurrió acudir a una barbería de verdad antes de pedir nada.

Dicho y hecho... se levantó y salió en busca de una barbería.

Cuando regresó, el sitio de antes estaba ocupado y, por lo tanto, no pudo verse en el espejo más que de lejos, pero fue suficiente para darse cuenta de que había cambiado, se encontró rejuvenecido, incluso más apuesto. Sí, era como si su rostro resplandeciese haciendo que carecieran de importancia los harapos que vestía, el escandaloso desgaste que presentaba la pechera de su camisa... y el borde raído de la corbata de rayas blancas y rojas que llevaba anudada alrededor del cuello.

Así que nuestro Andreas se sentó y, consciente de cuánto había mejorado, pidió, con esa voz segura que poseía en otro tiempo y parecía haber recuperado ahora, como si se tratase de una

vieja amiga, siempre fiel, un «*café, arrosé rhum*». Cuando se lo sirvieron, le pareció que lo hacían con respeto, con esa cortesía que cualquier camarero muestra hacia un cliente honorable, la misma amabilidad, de eso había sido testigo, que habían merecido los señores que lo rodeaban. Este detalle halagó especialmente a nuestro Andreas, le levantó el ánimo y le reforzó en su convicción de que aquel día debía celebrar su cumpleaños.

Un señor que se había sentado solo cerca del hombre sin hogar estuvo observándolo un buen rato y luego se volvió y le preguntó:

—¿Quiere usted ganar dinero? Yo le doy trabajo. Resulta que mañana me traslado a otra casa. Podría echarles una mano a mi mujer y a los hombres que se encargan de la mudanza. Me parece que tiene músculo suficiente. ¿Le viene bien? ¿Le interesa?

—¡Claro que me interesa!—respondió Andreas.

—¿Y cuánto me cobraría por dos días de trabajo?—preguntó el señor—. Mañana y el sábado. Le advierto que mi vivienda es bastante grande y me mudo a otra aún mayor. Además, está llena de muebles. Yo no puedo ocuparme de nada, tengo un negocio que atender.